



CAPÍTULO III.

La luna de miel.

AL recorrer la historia de Chucho el Ninfo; nos hemos encontrado un período de tiempo en el que, bien poco ó ningun interés ofrecen los acontecimientos relativos á nuestro héroe.

Efectivamente, hay una edad en los niños que las gentes llaman *fastidiosa*, la que por lo general se presta poco al estudio del novelista, y esta consideración nos ha inducido á trazar á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar en ese período; y sin

soltar el hilo de cada uno de nuestros personajes llegaremos á la época en que Chucho el Ninfo, ya en su calidad de pollo nos ofrezca, si no sabroso, al menos abundoso pasto á nuestras habladurías y maledicencias.

En la casa de D. Pedro María todo se hizo segun habían tenido á bien convenir los señores graves; porque don Pedro, por quitarse ya de calentamientos de cabeza, quería á todo trance salir de aquel asunto, cuyos resultados ponía en manos, según el mismo decía, de la divina Providencia y bajo la protección y amparo de Nuestra Madre Santísima de la Merced.

Después de la presentación y pedimiento del novio, una noche se presentó el señor cura en la casa de D. Pedro María para comunicar á Mercedes oficialmente los deseos de Carlos, recabar el consentimiento paterno y llenar to-

dos los requisitos del contrato matrimonial, ageno por entonces de toda intervención civil.

Aquella noche fué lúgubre para la familia de D. Pedro María, porque ocho días después debía celebrarse el matrimonio.

—En la manera de casarse decía doña Rosario, se conoce á la gente decente; y eso de esperar tres domingos mortales, en los cuales publican su nombre de uno para que lo traigan de boca en boca, eso se queda para la gentuza: hoy nadie se casa sin dispensa de vanas, y ¿qué son sesenta pesos para un hombre que se va á casar? De manera que me parece muy bien pensado que la ceremonia sea solo á los ocho días, porque así todo el mundo sabrá que hubo dispensa de vanas.

—Tienes razón, muger, le contestaba D. Pedro María; ya eso de las

amonestaciones se queda para los pobres.

—¡Dios nos asista! No faltaba más, si no que para mayor desgracia fueran ahora sujetando á mi hija á las amonestaciones.

Cárlos al casarse había obedecido á las sugerencias de su vanidad, excitadas por el desagrado manifiesto de la familia, de manera que procuró ser espléndido y al día siguiente de *la toma del dicho* envió las donas.

Los cien mil misterios que forman el corazón de la muger, ó los complicados pliegues de que se compone, como dicen algunos, se ponen en movimiento como las hojas de un árbol, delante de un regalo de bodas.

La casa estaba tranquila y cada uno en sus tareas, pero cuando resonaron las palabras «*ahí están las donas,*» hubo una verdadera confusión.

Perez venía por delante de los criados, Perez venía abriendo de par en par las vidrieras para que pudieran pasar las charolas y las grandes cajas de cartón; y un momento después media docena de argos en faldas, aplicaban el microscopio de su curiosidad á los regalos.

No hubo puntada, ojilla ó randa, encaje y cordón; que no analizaran.

Solo Merced permaneció callada.

Tía había en la rueda que pretendía pasar por muger de mucho gusto; quién la daba de indiferente, quién comparaba aquellas donas con las suyas, quién torcía el gesto diciendo con aplomo:

—Esto es á doce reales, con la conciencia de que valía doble.

—El vestido blanco es bueno, pero me parece muy recargado.

—Para que sea de costo necesita ser así.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

—Yo lo quisiera más sencillo.

—Pero vea usted que puntadas.

—Como todo lo de las modistas.

—La mantilla es de las de doscientos.

—Lo mismo que la mía.

—Sí, trapeada.

—La caja no está fea!

—Cuando yo me casé, dijo una vieja, me la puse blanca.

—Vea usted, en cuanto á alhajas no me parecen gran cosa...

—Aquí hay más de mil pesos en piedras, dijo doña Rosarió no pudiendo resistir á la evidencia.

—Si todo es fino, puede.

Merced finjió no oír, finjía ver y sufría con cada palabra.

—¿Y de qué son las camisas?

—De Holanda fina, de la de la Monterilla, la conozco; es de hilo redondo.

—Vaya, vaya, dijo una tía, no se

puede negar que tu marido es vanidoso, mira que medias, estas valían una onza.

—Pues mi alma, que no sea lo último, porque lo que es yo, dijo otra vieja, tuve pan para hoy y hambre para mañana, porque mis donas fueron así; pero allí paramos.

—Eso nos suele suceder á las mujeres generalmente: al casarnos nos parece que vamos á ser ricas toda la vida, pero después el tiempo da fin con todo.

—Yo vendí mis vestidos de novia en cuatro pesos.

—Y yo mi mantilla en diez.

Aquellas donas dieron materia á las viejas para hablar como cotorras y para arrojarle á su pasado algunas docenas de suspiros, al novio algunas docenas de pullas, y á su alma algunas gotas de la hiel de la envidia.

Perez hacía entretanto su acopio de observaciones, que no echaba en saco roto, y contra su costumbre hablaba poco.

Cárlos había allanado hasta entonces todas y cada una de las dificultades que se le había presentado: su hacienda le permitía llenar todos sus requisitos, satisfacer todas las exigencias sin dejar un solo punto vulnerable en su conducta de novio picado; pero surgió una grave dificultad con que no contaba, y en la que, como se deja entender, contó inmediatamente con Perez.

—Tengo una apuración, le dijo: necesito confesarme y comulgar.

—¡Cáspita! dijo Perez.

Este *Cáspita* reasumía la situación porque Perez iba á exclamar de buena gana:

—¡Qué diablura! Pero no hay cuidado, contestó, tengo un padrecito ami-

go mío, somos compadres y es muy campechano por más señas.

—¿Y qué?

—Que mi compadre nos sacará del apuro.

—No tiene usted precio.

—Conozco el mundo un poco señor D. Carlitos: cuando usted esté apurado llama usted á Perez y saldrá de los malos pasos.

—Quiere decir que descanso en usted.

—Vaya, señor D. Carlitos, pues no faltaba más sino que á mi se me atorara un hueso.

Llegó el día de la ceremonia, y todo se verificó como se había previsto.

Cárlos y Mercedes se habían unido para siempre.

Otro tanto había sucedido á Elena con el coronel Aguado.

Este había sido un pulpo contra el que Elena buscó en vano una defensa.

Aguado daba soluciones espeditivas á toda dificultad.

Elena se resignó.

Pero más bien por Chucho que por otra cosa; al grado de que sin el amor de madre que Elena sentía, tal vez el coronel no hubiera sido tan afortunado.

Aguado tenía posesiones en Tabasco.

Chucho fué á crecer á Tabasco, en compañía de su mamá.

Perez se despidió de Elena, de Aguado y de Chucho una noche.

Al desprenderse quizás para siempre de su compañera de boleras, recibió un bultito.

—¡Es un recuerdo! exclamó Perez, sintiendo rodar una lágrima tibia de reconocimiento ardiente.

Perez besó aquello.

Repitió esta operación á hurtadillas, conteniendo su curiosidad y pensando

en que Elena estaba muy linda y Tabasco muy lejos.

Por fin abrió el bulto.

Eran los zapatitos verdes...

Cárlos y Mercedes hicieron poco más ó menos, lo que hacen todos los recién casados.

Salieron *solitos* una noche.

Cenaron en la fonda.

Anduvieron calles.

Cárlos apretaba á Mercedes la mano con el brazo y Mercedes le apretaba á Cárlos el brazo con la mano.

Unas veces se quedaban viendo y se sonreían.

Otras veces no se sonreían.

Fueron al teatro.

Hicieron muchas visitas.

Fueron estrenándolo todo poco á poco.

Tenían muchas cosas de que platicar.

Mercedes estaba encantada con su casa, con su cocina, con sus muebles, con su tocador, con su piano, con sus pájaros y con sus macetas.

Todo el día hacían programas.

Merced procuraba ser económica.

Cárlos procuraba ser muy pródigo.

Merced fingía saber guisar.

Cárlos fingía tener el mismo paladar que Mercedes y finalmente, los dos ponían sus cinco sentidos en complacerse y Cárlos quería que Mercedes no se molestara y Mercedes quería que Cárlos no se tomara ninguna molestia. Cárlos procuraba que no le faltara nada á Mercedes y Mercedes encontraba que tenía no solo lo necesario sino lo supérfluo; todo lo cual ha sido bautizado no sabemos por quién, con el extraño título de luna de miel.

Doña Rosario, D. Pedro, Angelita y Pablito les hicieron por fin una visita

asaz ceremoniosa; lo elogiaron todo, y lo vieron todo; pero doña Rosario lo veía de dos modos.

El uno fingiendo que no veía; y el otro viendo sin que la vieran hasta fotografiar la casa en su imaginación.

Una idea preocupó á Mercedes durante un mes consecutivo, y esta idea era expresada en esta frase:

—Ya estoy casada.

Cárlos estaba alegre satisfecho y orgulloso, pero ya se había quedado pensativo muchas veces pensando esto:

—Ya estoy casado.

Esta frase tiene toda esa tensión inexorable de lo eterno; es una frase de granito que no se deslíe con las lágrimas, y que solo la dicha y los placeres logran encubrir á medias.

El cambio operado en la vida de Merce le parecía un sueño y le costaba trabajo persuadirse de que no estaba de visita en aquella casa.

Merced y Cárlos se amaban, se consideraban, se complacían mutuamente, y tenían todo lo necesario; á Mercedes no le faltaba nada, absolutamente nada; sus cómodas y sus roperos eran un almacén surtido superabundantemente de cuanto puede apetecer la muger.

Cárlos estaba pendiente de sus menores deseos; Mercedes procuraba complacer á Cárlos hasta en sus menores caprichos; ni una nube, ni la más ligera contrariedad, ni el más ligero asomo de perturbación empañaba la luna de miel; ya había pasado un mes y, cosa rara, no se habían encontrado ningún defecto; siempre estaban de acuerdo; siempre estaban bien.

Una tarde, eran las cinco, Mercedes y Cárlos estaban sentados en dos silloncitos detrás de la vidriera de un balcón de la sala; una criada india acababa de arrimar una mesita redonda en

donde colocó una limpia servilleta y en seguida el chocolate, espumoso, oliendo á canela y acompañado de sabrosos y tibios bizcochitos; era un chocolate verdaderamente monástico.

Cárlos y Mercedes lo sorbieron con delicia, con más delicia que de ordinario; porque casi ya acababan y no habían hablado.

—Que callada estás.

—Eso mismo te iba á decir yo.

—¿En qué piensas?

—En el chocolate, dijo muy pronto Mercedes.

—Está riquísimo.

—¿Te gusta así? la otra molienda se hará lo mismo.

Volvió á reinar el silencio.

Durante este silencio Mercedes se afanaba por encontrar una frase para romperlo, veía á la calle para buscar motivo de hablar, no pasaba nadie; iba

á pararse, le pareció inútil, y sobre todo, hacer grande lo que no lo era; ¡qué tonta soy! pensaba ¿qué no me ocurra que hablar?

—¿Que feo silencio, pensó Cárlos, qué diré? Creo que ya nos lo hemos dicho todo.

—¿A dónde vamos esta noche? dijo por fin Cárlos.

Mercedes respondió y sonrió con el placer de tener ya motivo para hablar.

—A donde quieras.

—Por mí, dijo Cárlos encojiéndose de hombros.

—¿Te es indiferente?

—Iremos donde tú quieras.

—No, tu lo dices...

—Sobre que para mí es lo mismo.

—Y para mí también.

—Pero en fin, tu tendrás más deseo de ver á unas amigas que á otras.

—¿Creerás que no?

—A algunas has de querer más.

—Ya sabes que despues de tí, no tengo predilección ninguna, de manera que iremos donde tu quieras.

—Pues si tu no lo determinas, á mí no me ocurre nada.

—Yo te preguntaré. ¿A la casa de tu familia?

—Ya fuimos ayer.

—¿De tu maestro?

—No, hasta que vengan de allá.

—¿A casa del ministro?

—Hay tanta gente!...

—¿A Donceles?

—¡Dios me libre!

—Pues no hay á donde ir.

—¿Por qué no me preguntas si iremos á tu casa?

—No me había acordado.

—¿No?

—Sí, sí pero á mi casa...

—¿Qué?

—Sera bueno no ir seguido.

—Pero yo creo que eso te contraría.

—No, positivamente no; sino que así es mejor.

—¿Lo dices como lo sientes?

—Sí.

—Que sí tan frío.

—Sí, señorito mío.

Y Mercedes dijo esto haciendo uno de esos guiños que son tan conocidos del lector, como difíciles de escribir.

La luna de miel de Mercedes y Carlos tenía manchas no descritas y que el telescopio de los esposos no alcanzaba á percibir claramente: aquel amor se resentía de interminancias soporíferas.

El silencio es un síntoma terrible: allí donde acaba la palabra, comienza el fastidio: instintivamente buscaban ambos esposos y por diversas curvas, motivos y pretextos para llenar el tiempo, para conjurar la venida de uno

de esos largos intervalos de sueño, de silencio y de fastidio.

Se ha dicho que el amor es como la luna, porque el amor y la luna ó están creciendo ó están menguando.

Los esposos sentían la verdad de este axioma en toda su desnudez.

El diablo doméstico cuyo oficio es descomponer matrimonios, había aceptado un papel negativo, pero no menos fecundo en resultados: los había dejado solos.

Carlos amaba á Merced, pero tenía miedo de no seguirla amando.

Merced por su parte temía no ser suficientemente compatible para Carlos.

Así pasaron algunos meses.

El retraimiento de la familia de Merced, hacía á esta más palpable su soledad y su situación. Merced se entristecía y á su ahinco por complacer á Carlos agregaba el de tener que ocultarle su tristeza.

Bullían en la mente de Mercedes algunas ideas negras cuando procuraba explicarse la causa de aquel malestar moral, y se desesperaba de no encontrar ninguna explicación profunda; no se atrevía por otra parte á hacer á nadie esta confidencia, porque ni ella misma hubiera querido decírselo.



CAPÍTULO IV.

De como se carga en un matrimonio una batería de Buntzen, para cuando se necesite.

MERCED estaba un día sola y entregada profundamente á sus meditaciones; y aunque en la apariencia estaba afanada confeccionando tapetes y curiosidades de manos, el hecho era que aquella laboriosidad no era más que el pretexto para concentrarse, entregándose de lleno á sus ideas y tristes elucubraciones.

Cárlos estaba fuera de casa.

Merced se encontró de repente frente á doña Rosario, y se estremeció

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N. L.